

# LA ILUSION LACANIANA\*

François Roustang

Traducción de Bernardo Correa López

El texto que presentaba el tema de este coloquio oponía la creencia en un progreso de la inteligencia o de la historia humana, característica de la tradición de las Luces, a la crítica cultural que piensa las culturas como diversas, como separadas unas de otras y, por consiguiente, como limitadas. Para la crítica cultural es imposible adoptar, como lo hacía la tradición de las Luces, el punto de vista único de la esencia del hombre, y mostrar, a partir de allí, cómo las diversas culturas convergen poco a poco hacia la manifestación de esta esencia.

La tradición de las Luces creía saber cuál era la esencia del hombre, pero esta supuesta esencia no era sino el hombre ideal o el ideal de la humanidad, tal y como, según sus propias necesidades, esta tradición se vió obligada a pensarlos. Se puede considerar hoy que la confianza en el progreso de la inteligencia humana o de la historia humana es el mito del cual se sirvieron el siglo de las Luces y sus sucesores con el fin de poder pensar y actuar. Estos siglos, pretendiendo poseer la verdad sobre la esencia del hombre, estaban en el derecho de extenderla por todo el mundo. Los hombres de esos tiempos estimaban con mucha frecuencia que debían proponer, o incluso imponer, esta verdad a otras civilizaciones porque, haciéndolo, les aportaban su propia verdad y su propia realización, susceptibles de hacer su felicidad. Que los educadores sean precedidos por los ejércitos, debió ser considerado como algo que va de suyo. El mito del progreso tenía, por tanto, un alcance político.

Cuando los ejércitos de la revolución invaden a Europa, saben que portan la antorcha de la luz universal, y es por esto por lo que Hegel saluda en Napoleón al precursor del saber absoluto. El mismo derecho a la exportación de la luz sostendrá a los ejércitos que fundarán los imperios coloniales. Los triunfos militares, además de la dominación política de parte de aquellos que detentaban la verdad sobre el hombre, eran naturales porque, al estar más adelantados que los colonizados en la vía del progreso, eran, fatalmente, los más fuer-

tes. Debían someter, para educarlos, a aquellos que estaban en las tinieblas.

Es la decadencia de esta dominación política la que ha hecho dudar de la validez del mito del progreso de la humanidad. El relativismo y el nihilismo no son sino la consecuencia intelectual de la duda que se ha instalado en los espíritus, cuando el poder de los colonizadores ha sido cuestionado y, luego, rechazado. Habiendo llegado a ser tan fuertes como nosotros, las otras civilizaciones han debido ser consideradas como iguales a la nuestra. La creencia central en la posesión de la verdad universal no tenía más fundamento, si no podía realizarse efectivamente en relaciones de dominación. No se puede creer más en un mito que supone el éxito político y económico, cuando este éxito desaparece.

Estaríamos, entonces, bien equivocados en creer que el relativismo, el nihilismo o la crítica cultural son más auténticos, o más verdaderos, que las Luces. Ellos señalan simplemente el fin de una dominación, expresan ya sea el resentimiento de no haber sabido mantener intacto nuestro poder, o la obligación en la cual hemos estado de dotarnos de nuevos mitos, más adecuados a nuestra situación política. La crítica cultural no es sino un efecto de geopolítica. El respeto de las otras civilizaciones no es la consecuencia de una mayor moralidad, sino el resultado de una debilidad ante la fuerza de los otros, que estamos obligados a reconocer. Por lo que respecta a la indiferencia o la ausencia de compromiso político, no es también sino la consecuencia de la pérdida de un dominio. Los educadores no son más los agentes de una dominación universal, porque esta dominación ha llegado a ser impensable. Por lo demás, la relación entre relativismo y dominación es, tal vez, más sutil. Se podría suponer, en efecto que los educadores que defienden el relativismo son mejores agentes de dominación porque, bajo la apariencia de respeto, los antiguos colonizados quedan todavía más a merced de los antiguos colonizadores.

Todo esto es bien conocido de ustedes. Si he recordado estas evidencias, tal vez extensamente, es

\* *Critique*, No. 456, Mayo de 1985

para subrayar la naturaleza tanto de la creencia en el progreso, en la tradición liberal de las Luces, como de los postulados de la crítica cultural. No son las conclusiones de una investigación científica; no son tampoco hipótesis susceptibles de transformarse en leyes: son simplemente mitos, es decir, ilusiones necesarias para nuestro pensamiento y nuestra acción, utopías donde se proyectan nuestros temores y nuestros sueños. Estas ilusiones no difieren en nada, en cuanto a las funciones que desempeñan en nuestras sociedades, de los relatos y leyendas que fundan la especificidad de un pueblo, o de las sagas que permiten a una familia distinguirse de las otras.

Hoy parece —y es éste probablemente uno de los objetivos de este coloquio— que las humanidades están a la búsqueda de ilusiones o de leyendas que les permitirían justificar su trabajo o que les darían la posibilidad de venderse mejor, apareciendo en el mercado con una presencia más reluciente. De otra parte, parece que estas humanidades utilizan con este fin el psicoanálisis, y más particularmente, el psicoanálisis lacaniano. Yo he pensado, entonces, que podría hablarles de la leyenda o de la ilusión lacaniana, tal y como la he visto funcionar en Francia desde hace 20 años. Pues esta leyenda tiene todas las características de aquellas que hasta aquí he mencionado. Para comprenderla, conviene preguntarse cómo se ha constituido, a qué preguntas pretende responder, por qué medios se ha propagado. Podríamos tal vez saber, a partir de allí, si esta leyenda es susceptible de exportarse y lo que podrían hacer al respecto las humanidades en los Estados Unidos.

Cuando Lacan empieza a enseñar, a mitad de los años 50, el psicoanálisis reúne algunas decenas de practicantes psiquiatras en su mayor parte. La protección social, la atención concedida en el país a la salud, y en particular a la salud mental, hace multiplicarse, para los niños y para los adultos, los centros terapéuticos. Hasta 1968 las psicoterapias en las instituciones continúan siendo confiadas a los médicos. Después del 68, es una verdadera explosión lo que ha tenido lugar. El crecimiento del número de los dispensarios, de los hospitales de día, de los centros médico-psicopedagógicos es tal que la población de los terapeutas aumenta muy rápidamente. Ahora bien, todo este personal, que comprende educadores especializados, ergoterapeutas, psicoterapeutas de toda clase viene a solicitar al psicoanálisis ya sea una ayuda en su trabajo difícil, o un complemento de formación, o una promoción social. El psicoanálisis, que no reagrupaba en 1960 sino algunos especialistas, va a cons-

tituir en adelante, un verdadero medio social. Es por millares que se pueden contar hoy las personas que viven de la práctica del psicoanálisis o de las psicoterapias que se inspiran en él, ya sea en instituciones o privadamente.

Es en el contexto de esta explosión social donde se debe volver a situar la influencia de Lacan. Sin las sumas fantásticas gastadas en Francia para la salud mental, no se habría visto aparecer una multitud de educadores o psicólogos. Ahora bien, aquéllos han sido, durante esos años, los milicianos del psicoanálisis, los que le han permitido a la vez populizarse y sobrevivir, pues multiplicaron el número de clientes. Lacan, entonces, se ha beneficiado de esta coyuntura política. Sin ella el lacanismo hubiera seguido siendo el asunto de una pequeña élite, no hubiera podido nunca llegar a ser, en ese medio restringido, un instrumento de dominación política y económica.

Pero conviene de paso anotar que Lacan ha precedido este movimiento. Cuando dirigió su Seminario en la Ecole Normale Supérieure, en 1964, su auditorio no estaba compuesto solamente de psiquiatras, sino de un gran número de alumnos de esta Escuela y de miembros bien conocidos de la intelligentsia parisina. Cada semana, eran ya muchas las personas que venían a escucharlo.

¿Mediante qué hechizo esta selecta sociedad era atraída? Más allá de la fascinación de un personaje fuera de lo común, de su estilo único, de sus hallazgos de lenguaje o de la idea de su inmensa cultura, los auditores eran retenidos por el deslumbramiento de encontrarse en presencia de un discurso totalizante. Se escuchaba allí una mezcla original de filosofía, de matemáticas, de lingüística, de etnología, de teología, etc. En este discurso todas las disciplinas, dispersas y a menudo fastidiosas, tomaban un relieve excitante, eran convocadas a un lugar subalterno para encontrarse todas retomadas bajo la dirección del jefe de un psicoanálisis repensado, que parecía responder a las preguntas más candentes del momento. No se había escuchado nunca hablar así y, si no se comprendía gran cosa de la síntesis que Lacan operaba, se tenía la convicción de que por lo menos él controlaba a la vez todos los hilos del saber y que se llegaría, tarde o temprano, a participar de él, si uno se tomaba la molestia de escucharlo y de estudiar sus declaraciones.

Aquí yo quisiera señalar un primer rasgo de la ilusión lacaniana. En realidad, este discurso no era un discurso totalizante, era más bien un discurso

absorbente. Lo que se pide a un mito, a una leyenda, a una ilusión, es que se apodere de nosotros por completo. Una leyenda debe constituir a un pueblo haciéndolo entrar en ella como en una matriz. La estrategia de Lacan respondía perfectamente a esta necesidad. Ella consistía no en mostrar explícitamente los lazos entre las diversas disciplinas a las cuales él hacía alusión, con el fin de construir una totalidad, sino en hacer creer que él detentaba la clave de esta síntesis y en suscitar entre los auditores un trabajo de todos los instantes para descubrir esta clave. Los Seminarios eran grabados y, luego, reescuchados. Si era posible procurarse el texto, se lo estudiaba días y noches. No se leía más que a Lacan. Su inmensa erudición, en mi opinión superficial, sugería que él había agotado la tradición y que, para conocer su quinta esencia, lo mejor era remitirse a él. Los más valientes se sumergían en los textos que él citaba o en las disciplinas a las cuales se refería. Algunos se han puesto a estudiar la lingüística, la lógica o las matemáticas, para intentar rehacer el camino que Lacan había o parecía haber hecho él mismo. Era una estrategia porque había que comprometer a los auditores en un trabajo que los absorbiera por completo. El trabajo llegaba a ser infinito gracias, de una parte, a la obscuridad del discurso, pues se quería comprender lo que era hecho voluntariamente incomprensible, y, de otra parte, gracias a los lazos muy vagos con las disciplinas, pues no se podía nunca descubrir relaciones que no existían sino sobre el plano metafórico. Era necesario que este trabajo fuera infinito, a fin de absorber todas las fuerzas en una tentativa de comprensión y no dejar así ninguna disponible para la crítica. El resultado de esta estrategia ha sido para muchos la adopción pura y simple de la lengua lacaniana, la asimilación de su vocabulario y de su sintaxis; de donde la imposibilidad de hacerse comprender, si no es por aquellos que estaban consagrados a la misma empresa. Es así como se ha constituido la secta lacaniana. Ella estaba formada por un conjunto de personas hablando la misma jerga y obligadas a hablar entre ellas, porque nadie las comprendía.

Otra condición para que una leyenda sea aceptada, es que se convierta en el eco de los temas que circulan en un medio cultural dado y que representan las preguntas o las soluciones de las cuales esta minicultura tiene necesidad para sobrevivir. Ahora bien, Lacan ha sabido captar durante más de 20 años las corrientes diversas que agitaban a la intelligentsia francesa y ha sabido asimilarlas a su concepción del psicoanálisis. El estuvo presente en los cursos de Kojève sobre Hegel (introducción

de la dialéctica del amo y del esclavo). El ha tomado contacto con Heidegger y ha traducido algunos de sus fragmentos desde el momento en que el pensamiento de este filósofo pasó por Francia (introducción de la verdad como develamiento y no como adecuación de la inteligencia y de lo real). El ha seguido el desarrollo del estructuralismo (introducción de lo simbólico y, más tarde del tema, calcado sobre el mitema de Lévi-Strauss). El ha estado en contacto con Jakobson y, por este conducto, ha vuelto a Saussure (la metáfora y la metonimia, la doctrina del significante). Cuando la escritura, con mayúscula, ha estado de moda, él ha transformado, a partir de allí, su aprehensión del lenguaje. Yo podría continuar la lista de estos préstamos que daban a sus auditores la impresión de estar siempre a la cabeza de lo mejor que entonces se pensaba. Pero, lo que es más fuerte, Lacan sabía adornar sus préstamos, de tal suerte que parecían surgir de su propia doctrina, y es cierto que los modificaba suficientemente como para hacerlos tomar un color que le era personal. Pero, sobre todo, él daba a entender que el psicoanálisis, tal como él lo pensaba, aportaba a esos préstamos la luz de la cual carecían. De todo lo que era balbuceado por sus contemporáneos, Lacan proporcionaba la verdad.

¿De qué naturaleza era esta verdad? Lacan ha dado esta impresión de dominio y de potencia porque ha dejado entender que el psicoanálisis, tal como él lo renovaba, era susceptible de dar cuenta del límite de todas las disciplinas. Centrando su doctrina en la oquedad, la carencia, el lugar vacío, él daba cuenta de todas las disciplinas, porque se introducía en su punto de fisura. De allí su interés en matemáticas por el teorema de Gödel o la paradoja de Russell, su lectura de la ley moral kantiana que identifica con el deseo reprimido, su interpretación de la lingüística a partir del significante puro que es una entidad cero, su insistencia sobre lo simbólico funcionando a partir de una ausencia, etc. Todo ocurre como si Lacan hubiera proclamado: con el inconsciente que he reinventado, estoy en la fisura de todas las fisuras, en el lugar de la carencia de todas las carencias, y, por lo tanto, en el lugar de origen de todas las creaciones; más aún, en el lugar de la causa de todos los efectos. De la misma manera que el psicoanálisis se apoya en la psiconeurosis y los sueños, es decir, en lo aberrante, para aportar a lo normal la luz última, el defecto de cada disciplina, dando la explicación de su disfuncionamiento, suministra la esencia de su funcionamiento. Es lo negativo el revelador último de lo positivo, su reverso decisivo, su verdad.

Es fácil comprender que una tal doctrina haya podido seducir a centenas de auditores que no eran todos imbéciles, pero que tenían todos deseos de confiar en alguien más astuto que ellos. Esta doctrina daba la seguridad de penetrar en el corazón de todas las disciplinas, es decir, de saber todo, porque se introducía en la falla de cada una de ellas; y, al mismo tiempo, mostraba la vanidad de todos los saberes, porque todos se reinstalaban en la tentativa de ocultar esta falla. Lacan proponía, entonces, a su auditorio, incluso si éste no lo percibía claramente, una supremacía sobre el saber y una desilusión del saber. Ofrecía el medio de instalarse en la omnipotencia y, al mismo tiempo, en la crítica radical de esta omnipotencia. Este ensamblaje astuto se convertía en una leyenda que reunía en cada uno el sueño de todo niño, que oscila entre la exaltación maníaca y la derelicción depresiva.

Esta doctrina ha tenido un impacto absolutamente particular, porque estaba ligada a una práctica y porque esta práctica reposa esencialmente sobre el fenómeno de la transferencia. Yo no quiero insistir sobre este punto que es bien conocido. Sin la transferencia a Lacan o a los psicoanalistas formados por él, esta doctrina no se habría difundido con esa facilidad. Yo quiero, más bien, señalar el hecho de que la doctrina ha impregnado poco a poco la práctica. En particular, el aspecto terapéutico ha sido relegado a un segundo plano. Bajo el pretexto de que el tratamiento psicoanalítico no apunta directamente a la eliminación de los síntomas, la cura misma se ha convertido en un simple apéndice de inmediato, un paso más ha sido franqueado: porque la oquedad y la carencia constituyen una especie de esencia del deseo, y, por consiguiente, del hombre, se ha admitido que el psicoanálisis, el verdadero, debía ser un descalabro, un fracaso; se convertía en una iniciación a dejar de ser. Semejante concepción de la cura tenía la doble ventaja de justificar la doctrina y de matar en el huevo toda crítica posible de una tal práctica. Quienquiera que solicitara a la cura satisfacer sus necesidades o sus deseos sería alguien que no habría comprendido nada, al fin de fines, del psicoanálisis, el cual se resume en un trabajo inmenso para descubrir que el deseo verdadero no puede alcanzar su objeto. Si el éxito está en el fracaso, entre menos marche el asunto mejor marchará. Se está así definitivamente al abrigo de toda puesta en prueba. Pero por allí se regresa a lo que es esencial a todas las grandes leyendas: preparar al pueblo para sacrificarse por el pueblo.

En esta perspectiva, yo quisiera mencionar un último rasgo de la ilusión lacaniana. Una ilusión o una leyenda, no es cultural o civilizadora sino en la medida en que abre mercados. Es decir, que la leyenda debe ser productora de bienes para la sociedad a la cual confiere un sentido. Como han ocurrido con todas las religiones, una leyenda que se separe de lo económico y de lo político, no tiene sino que desaparecer.

El psicoanálisis lacaniano ha logrado producir un vínculo inmediato entre la producción cultural más gratuita y el funcionamiento de un mercado. Ha reconciliado las más altas perspectivas culturales y las reglas más escritas del lucro. Esto es absolutamente notable. Según Lacan, en efecto, uno de los principios de la cura es el rechazo, de parte del analista, a responder a la demanda del paciente, con el fin de permitirle acceder al deseo. Si se responde a la demanda, se llena un vacío, se satisface una necesidad, pero no se provoca el deseo, que se apaga en la realización. La falta de respuesta puede suscitar el deseo, porque éste está siempre ligado a una carencia, a un objeto que se oculta, el famoso *objeto petit a*, es decir, el objeto que sucumbe. El paciente debe, por consiguiente, pagar al psicoanalista para que éste se mantenga en esa posición difícil, insostenible incluso, en la cual escucha la demanda y no responde nunca a ella. Importa, entonces, que el paciente sea siempre engañado en su espera, e incluso que no tenga tiempo, en últimas, de expresar su demanda. De donde la práctica de las sesiones cortas, lo más cortas posible. La práctica del psicoanálisis se reduciría en últimas, al pago: venir a pagar al psicoanalista para que éste no responda a la demanda, para que no de nada, ni siquiera su tiempo. Esta sería la condición para que surgiese el puro deseo. Aparecería así la quintaesencia de la cura que daría acceso a la fuente de la civilización y de toda humanidad: el deseo en estado puro, fundado sobre la gratuidad absoluta del gasto. Lacan había logrado, en los últimos años de su vida, esta purificación extrema de su práctica. Numerosos son los alumnos que lo han seguido por esta vía.

Se ve cómo el psicoanálisis así comprendido, sometiéndose enteramente a las leyes del mercado—dado que hace nacer un flujo de dinero—, subvierte estas leyes porque no da, a cambio del dinero, ninguna mercancía. Un tal psicoanálisis puede, entonces, pretender ser revolucionario.

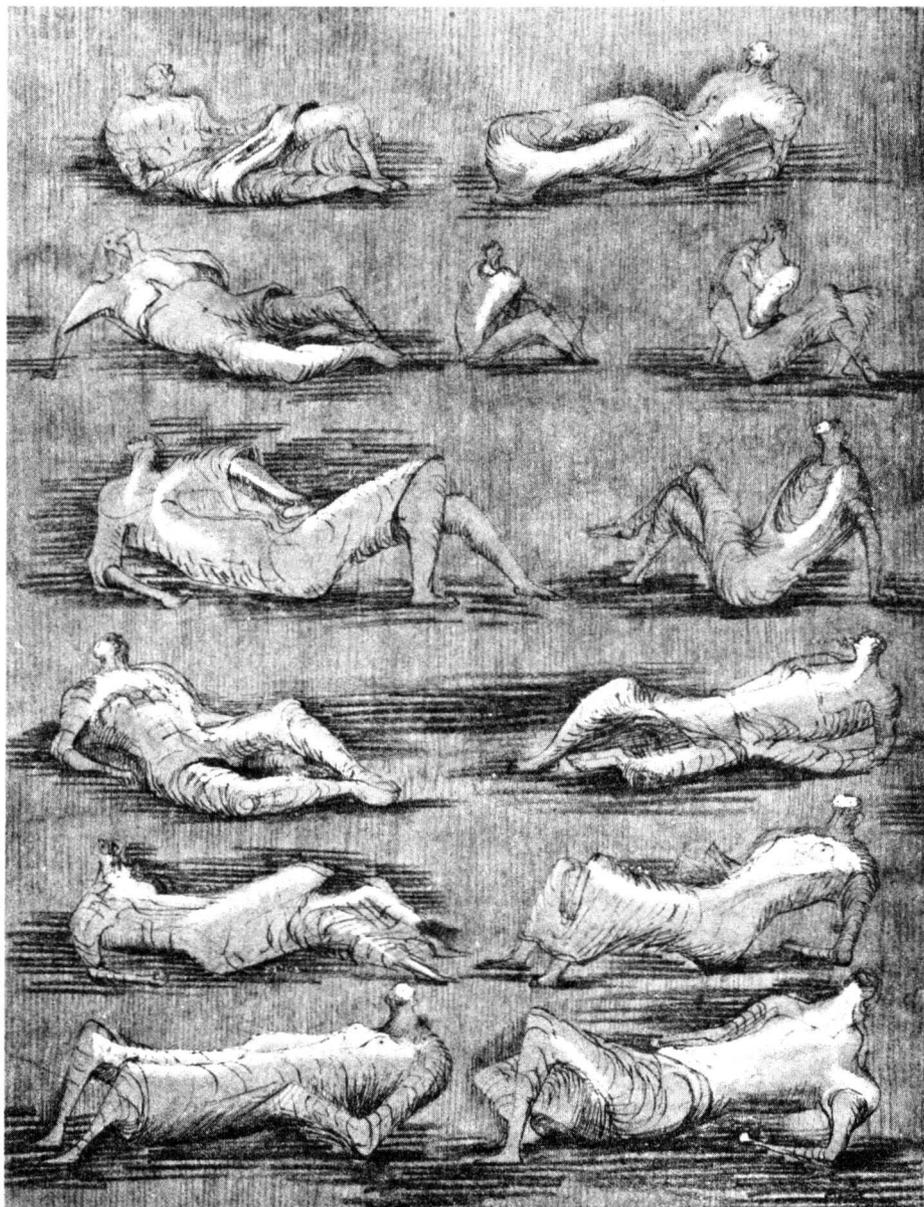
Habría muchas otras cosas que decir, en particular sobre la estrategia política de implantación del lacanismo en la Universidad, los centros hospita-

larios universitarios, las diferentes instituciones de salud. Pero no quiero extenderme. Es necesario concluir.

Hace algunos años ya había pensado que, a la muerte de Lacan, la ilusión se disiparía, porque se percibiría su construcción. Yo me he equivocado. Ella parece llevarse bien en Francia y, ahora, se exporta ampliamente. Múltiples son, sin duda las razones de este éxito. Pero lo que me parece determinante, es el vínculo entre la pretensión a un saber que domina todos los saberes y la afirmación de que el lugar de ese saber es vacío. Tal paradoja conviene perfectamente a nuestros contemporáneos. En un mundo en el cual los saberes han aumentado hasta el infinito, ¿cómo no ser seducido por una obra que los unifica? Y, de otra parte, en un mundo en el que los valores religiosos, morales, políticos, son desacreditados, ¿cómo no adherir a una doctrina cuyo único valor es el de una oquedad, una falla, una carencia? La astucia suprema de Lacan es haber fundado su ilusión sobre una especie de desilusión generalizada. Hay allí un artificio que hace de esta doctrina también una antidoctrina, y que la convierte en inatacable.

Las críticas pertinentes de la obra de Lacan existen. Ellas muestran los juegos de manos, las aproximaciones indebidas, las promesas no cumplidas, las incoherencias y contradicciones. Pero no serán escuchadas, porque no reemplazan la ilusión de la cual muchos tienen necesidad para vivir. En este sentido, la ilusión lacaniana es, para retomar una fórmula de Jacques Bouveresse, una ilusión de gran porvenir. En Francia seguramente, pero tal vez también en los Estados Unidos, en los medios de crítica literaria, que no se darán ni siquiera cuenta de la operación de obscurantismo que legitiman. Es cierto que se sirven de ella fuera del campo del psicoanálisis y que no le piden sino una incitación para renovar algunas preguntas antiguas.

**Moore Henry (1898 - 1986)**  
Escultor Inglés



**Figuras reclinantes vendadas**  
Pluma, tiza y acuarela  
1942